

La productiva introducción del espacio en el análisis de las confrontaciones políticas. Apuntes sobre el movimiento de desocupados en la Argentina reciente

The Benefits of Introducing Spatial Dimensions in the Analysis of Political Contention. Notes on the Unemployed Workers' Movement in Argentina

Melchor ARMESTO*

Universidad de Buenos Aires. Argentina
melchor.armesto@gmail.com

Recibido: 27.02.05

Aprobado: 17.05.05

RESUMEN

Desde hace pocos años los estudios sobre movimientos sociales han incorporado «perspectivas espaciales» para el análisis de las confrontaciones políticas. Insciriéndose en este campo de indagación, este trabajo describe ciertas «dinámicas espaciales» del movimiento de desocupados en Argentina. Específicamente la relación entre espacio y cortes de ruta. Se argumenta que la emergencia, difusión y características de los cortes de ruta parecen indicar que a) los cambios en los repertorios de confrontación política son posibilitados y constreñidos, en parte, por el modo en que ciertas transformaciones sociales, económicas y políticas afectan las distribuciones y proximidades espaciales, y los escenarios y localizaciones de rutinas cotidianas de grupos e individuos y b) al ser el espacio un objeto histórico, construido socialmente, es tanto el contexto para, como el resultado de, las confrontaciones políticas y su resultado. Los cortes de ruta son prácticas espaciales cuyo sentido estratégico radica en su capacidad para alterar el desenvolvimiento de otras rutinas espaciales básicas para el desarrollo de la actividad económica y su sentido político se enlaza con el trabajo territorial que llevan adelante las organizaciones de desocupados en los barrios.

PALABRAS CLAVE: confrontaciones políticas — movimiento «piquetero» — cortes de ruta — perspectivas espaciales.

ABSTRACT

It has been only recently that researchers on social movements have incorporated «spatial perspectives» in the analysis of contentious politics. Within this research field, this paper describes some «spatial dynamics» of

* Quiero agradecer a Gabriela Delamata los valiosos comentarios que hiciera a una primera versión de este trabajo.

the unemployed workers' movement in Argentina. Specifically, the paper deals with the relationship between space and road blockade. I argue that the emergence, diffusion and characteristics of road-blocking activities indicate that (a), the way in which certain social, economic and political changes influence spatial distributions and the scenarios of day-to-day routines of groups and individuals are enable and constrained by, up to a certain point, changes in the repertoire of contention, and, (b), as space is a historical and socially constructed object, it is both the context and the outcome of contentious politics. The strategic meaning of road blockade as spatial practice is to be found within their capacity for altering other basic spatial routines; and their political meaning is entangled with the territorial activities developed by the unemployed workers' movements within the «barrios».

KEY WORDS: contentious politics — «piquetero» movement — road blockade — spatial perspectives.

INTRODUCCIÓN

En la conferencia anual de la *Association of American Geographers* de 1998, Byron Miller y Deborah G. Martin destacaron la sorprendente falta de atención que los estudiosos de los movimientos sociales prestaban a «la estructuración geográfica» de la acción colectiva¹. Desde entonces, la utilización de «perspectivas espaciales» en el análisis de las confrontaciones políticas no ha dejado de desarrollarse (Tilly 2000; McAdam et.al. 2001; Sewell 2001; Martin y Miller 2003)².

En términos generales, estos trabajos además de asumir que el espacio es socialmente producido (Lefebvre 1991) destacan el carácter espacialmente construido de lo social (Massey 1994). El espacio pasa a ser parte integral de la explicación de las confrontaciones políticas una vez que se asume que lo social y lo espacial son mutuamente constitutivos e inseparables (Soja 1996). En este sentido, se ha observado que el espacio estructura relaciones y redes; sitúa la vida social y cultural, incluyendo los repertorios de confrontación; está incorporado en los procesos de atribución de oportunidades y amenazas; está implícito en muchos tipos de formación de categorías; y es central para las estrategias de salto de escala que buscan alterar las diferencias en el poder de los contendientes políticos (Martin y Miller 2003: 144). En suma: la espacialidad es tanto contexto para, como constitutiva de, procesos dinámicos de confrontación. Las dimensiones espaciales de las confrontaciones políticas forman parte de los «mecanismos y procesos» (McAdam et.al. 2001) que constituyen las dinámicas de la confrontación. Y a su vez, las modalidades específicas a través de las cuáles estos «mecanismos y procesos» se articulan unos con otros, y sus resultados, son no sólo histórica, sino además espacialmente contingentes (Martin y Miller 2003: 145).

Algunos investigadores han empleado este tipo de perspectiva para mostrar cómo los individuos perciben, le dan forma y actúan sobre determinadas reivindicaciones, oportunidades y amenazas (Martin y Miller 2003; Stillerman 2003); para vincular las prácticas y dinámicas de control policial y represión con las formas de resistencia y movilización en espacios públicos que asumen las confrontaciones (Zhao 1998; Tilly 2000; Schneider 2000) o para analizar de qué modo las diferencias geográficas en la producción y reproducción son cruciales para comprender las decisiones individuales de comprometerse con prácticas de confrontación (Wolford 2003). Otros investigadores las han empleado para estudiar la influencia que tienen determinadas rutinas espaciales en la utilización de repertorios tácticos de confrontación (Stillerman 2003), mientras otros se han ocupado de señalar la íntima relación entre la constitución espacial de la vida diaria y las características diferenciales que pueden asumir los procesos de formación de las identidades colectivas (Martin y Miller 2003)³.

La utilización de nociones como «espacio», «territorio» y «lugar» también ha mostrado ser productiva para el análisis de las confrontaciones políticas de la Argentina reciente (Merklen 1991, 2004; Auyero 2002; Svampa y Pereyra 2003; Delamata 2004; Battistini et.al. 2004). Partiendo de estos trabajos, aquí quisiera describir ciertas «dinámicas espaciales» del movimiento de desocupados en Argentina⁴, concentrándome fundamentalmente en la relación entre espacio y cortes de ruta.

A. CORTES DE RUTA

1. El 10 de octubre de 1990 un grupo de pobladores de Trelew se autoconvocaron para protestar contra la política económica aplicada por las autoridades de la provincia de Chubut y en reclamo por los servicios de salud, seguridad,

¹ Citado por Auyero (2002).

² Miller y Martin fueron los editores del número especial dedicado por la revista *Mobilization* al tema «Space, Place, and Contentious Politics» (Volumen N° 8, Junio 2003)

³ Un excelente examen de cuatro grandes áreas en las que los analistas han estado trabajando para alcanzar interpretaciones y explicaciones geográficamente contextualizadas de las confrontaciones políticas se puede encontrar en Auyero (2004).

⁴ Al igual que muchos otros movimientos, no es fácil definir al movimiento de desocupados, tanto por razones teóricas como empíricas. No puedo aquí entrar en esa discusión. Por lo tanto, diré simplemente que el movimiento de desocupados es aquel conformado por el conjunto de organizaciones que luchan a favor de los intereses de los trabajadores sin empleo aún cuando las características, objetivos y trayectorias de las organizaciones que lo componen sean sumamente diferentes.

educación y el pago de salarios atrasados. Luego de una asamblea popular en la Plaza Independencia los manifestantes, cortaron la ruta nacional N° 3 a la entrada a la ciudad (C [Clarín] 11 de octubre 1990).

2. El 7 de agosto de 1991, el diario La Nación (LN) publicaba un recuadro en cuyo título puede leerse: «Reiteran cortes en la ruta 3». Según el diario «las protestas de mineros y pobladores de Sierra Grande...donde se hallan las instalaciones de Hipasam [una empresa propiedad del Estado que extraía hierro de una mina] y que derivan en frecuentes interrupciones en el tránsito en la ruta N° 3 producen serios trastornos en las ciudades ubicadas sobre ese camino, única vía de comunicación que conecta a las poblaciones del este patagónico» (LN 8 de agosto 1991). Los protagonistas de los cortes pretendían «hacerse escuchar» y «hacer visible al país el conflicto que se vivía en la zona» (C 21 y 22 septiembre 1991). El conflicto se había originado fundamentalmente por «la incertidumbre acerca del porvenir de esa empresa estatal» (LN 7 de agosto 1991). Los cortes de ruta se prolongaron con distinta intensidad y frecuencia hasta fines de septiembre cuando una delegación de más de 150 trabajadores de la mina «viajaron a la Capital Federal para reclamar frente a la Casa de Gobierno» (C 24 septiembre 1991). Ese mismo año utilizaron el corte de ruta como formato de acción colectiva trabajadores de Rosario (provincia de Santa Fe), San Nicolás (provincia de Buenos Aires) y Jujuy (C 22 septiembre, LN 10 octubre y C 12 octubre 1991).

3. El 28 de agosto de 1992, esta vez en la localidad de Campana (provincia de Buenos Aires), los trabajadores de Siderca, junto a sus mujeres e hijos, protestaron por los 180 despidos y 2500 suspensiones dispuestas por la empresa, cortando las tres rutas de acceso (rutas N° 6, N° 9 y N° 12). La movilización fue organizada por la seccional local de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica) e incluyó el armado de barricadas y la quema de neumáticos (C 29 agosto 1992).

4. El viernes 21 de mayo de 1993, «durante casi tres horas, 400 vecinos de los barrios Latinoamérica, La Juanita, Villegas, Ciudad Evita y del asentamiento 24 de Febrero (partido de La Matanza, provincia de Buenos Aires), cortaron la ruta 3 en el kilómetro 28 como medida de protesta frente a los constantes cortes de luz provocados por la empresa Edenor». La policía

intentó impedir el corte de la ruta con la caballería y tirando gases lacrimógenos. A pesar del enfrentamiento, «los vecinos lograron instalarse en la ruta y cortar el tránsito». Uno de los policías dijo: «En ningún momento reprimimos a la gente... Está prohibido cortar las rutas y nosotros intentamos cumplir con la ley pero nos avasallaron: nosotros contábamos con 30 efectivos y ellos eran alrededor de 400» (C 22 mayo 1993). Pocos días más tarde, los vecinos de Florencio Varela (provincia de Buenos Aires) utilizaron el mismo formato de acción colectiva por el mismo motivo: cortaron la ruta provincial 36 «para protestar por los cortes de electricidad» (C 31 mayo 1993).

5. El 8 de agosto de 1994, desde las 9 de la mañana, trabajadores ferroviarios, familiares y vecinos se concentraron en las inmediaciones de las rutas que unen Monte Comán con San Rafael (provincia de Mendoza), con el departamento de General Alvear (Mendoza) y con el distrito de La Horqueta (provincia de San Luis). Cortaron las rutas provinciales 156 y 171 y la nacional 146 quemando maderas y cubiertas para protestar por «el posible cierre del servicio ferroviario que pasa por allí» (LN 9 agosto 1994). El 14 de noviembre fue cortada la ruta 22 a la altura de Senillosa (provincia de Neuquén) para «reclamar la presencia de autoridades provinciales que aportaran fondos y soluciones para el problema de la desocupación». La decisión había sido tomada en una reunión multisectorial de la que participaron partidos políticos, gremios, comerciantes y vecinos (C 16 noviembre 1994).

6. El 3 de enero de 1995 en la ciudad de General Güemes (provincia de Salta) casi 1000 manifestantes, convocados por los ex trabajadores de un ingenio azucarero quebrado, reclamaban «por una serie de reivindicaciones para el departamento que sufre una aguda crisis laboral» cortando la ruta nacional 34 que comunica el norte de la provincia de Salta con Bolivia. La gendarmería intentó desalojar la ruta, por orden de un juez federal. «Al intentar despejar la ruta, los gendarmes fueron atacados a pedradas y respondieron con gases lacrimógenos y balas de goma». A pesar de los enfrentamientos, los manifestantes permanecieron «en la ruta obstaculizando el tránsito» (C 4 enero 1995).

7. El 20 de junio de 1996 en la ciudad Cutral-Có (provincia de Neuquén), cuando se difundió la noticia sobre la suspensión de las negociaciones que mantenía el gobierno provincial con una

empresa canadiense para radicar en la zona una fábrica de fertilizantes que generaría fuentes de trabajo, 20.000 manifestantes cortaron primero la ruta nacional 22 y luego la totalidad de los accesos que comunicaban con el resto de la provincia. Ni las fuerzas policiales ni los 400 gendarmes que habían llegado a la zona reprimieron con la brutalidad con la que lo harían casi un año más tarde⁵; una jueza federal calificó de «sediciosos» a los manifestantes y se declaró «incompetente» para desalojarlos de la ruta (25 de junio)⁶. Tras seis días de cortes, los gremios estatales de Neuquén y el CTA (Congreso de los Trabajadores Argentinos)⁷ convocaron un paro en apoyo a la protesta. Ese mismo día (26 de junio) el gobernador Sapag se reunió con una «comisión de representantes de los piquetes». Así accedía a una de las demandas que a los gritos se había exigido sobre la ruta: «que venga Felipe» (Sapag). Los cortes duraron una semana y concluyeron tras la firma de un acuerdo con el gobierno provincial. El acuerdo contenía importantes concesiones para los manifestantes: entre otras, se prometía la realización de obras públicas que generasen trabajo, la entrega de alimentos y subsidios a desempleados, la reconexión de gas y luz a las familias cuyo servicio había sido interrumpido por falta de pago, y la no persecución de los protagonistas de protesta.

Un corte de ruta es una manifestación colectiva pública visible que expresa el reclamo de soluciones para conjuntos específicos de situaciones que son percibidas por los protagonistas como una injusticia, mediante la interrupción, total o parcial, de la libre circulación de perso-

nas y bienes. A lo largo de la década de 1990, los cortes de rutas, calles y puentes se transformaron en uno de los formatos más difundidos del repertorio de confrontación política con las autoridades⁸. La difusión de los cortes de ruta creció notablemente a partir de los episodios de Cutral-Có de 1996 y 1997. En estas «puebladas» los cortes de ruta no fueron un formato subordinado de la confrontación sino que aparecen como formato predominante (Farinetti 1999; Klachko 1999; Carrera 2002). A pesar de que esos cortes no fueron los «primeros», como se muestra en las breves crónicas con las que se abre este apartado, fueron llevados adelante por «madrugadores» que abrieron oportunidades y ofrecieron incentivos para el desarrollo de episodios derivados (Tarrow 1997; McAdam 1995; Barbeta y Lapegna 2001). Con el paso del tiempo los cortes de Cutral-Có se convirtieron en un punto de referencia ineludible para los protagonistas del movimiento de desocupados o movimiento «piquetero». Aquellos cortes de ruta, y muchos otros que los siguieron, fueron confrontaciones transgresoras: la ocupación deliberada de la ruta implicó una reorganización y dramatización las demandas en el espacio público que rompía rutinas espaciales existentes (Tilly 2000: 138). Sobre todo a partir de 1999, el formato corte de ruta dejó de ser un tipo de confrontación transgresora, esporádica y relegada a las provincias del interior del país, para convertirse en una rutina de confrontación difundida, aprendida y ejercitada por todo el territorio (VER CUADROS 1 y 2 EN EL APÉNDICE)⁹. Un «nuevo» formato del reper-

⁵ En abril de 1997, una nueva *pueblada* antecedió una oleada de cortes de ruta en estas mismas localidades. Durante la represión policial en el centro de Neuquén, cayó muerta Teresa Rodríguez. Su nombre hoy identifica a una de las organizaciones del movimiento de desocupados: el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR).

⁶ La jueza dijo: «La medida que yo he tomado de dejar la ruta libre, excede la actitud de ustedes que es una clara demostración de levantamiento contra el gobierno de la provincia. Yo les aconsejo como juez y como que sé que esto es un delito, que si ustedes quieren tener un buen diálogo con el gobernador, dejen la ruta. También les digo que dado que esto excede la medida que yo he venido a tomar, me declaro públicamente incompetente y me retiro del lugar y las fuerzas que vinieron conmigo también» (citado por Auyero, 2002b)

⁷ El CTA es una central sindical disidente formada a comienzos de la década del noventa.

⁸ Al referirme a «cortes de rutas» englobo también los cortes de calles y de puentes, totales o parciales. Desde mi perspectiva los cortes de ruta son un formato específico de confrontación política. El formato es una dimensión analítica de la acción colectiva y se refiere al modo en el que la acción colectiva aparece en la escena pública y se hace manifiesta (Schuster y Pereyra 2001). En términos de Tilly, las confrontaciones políticas son aquellas interacciones colectivas, episódicas, entre grupos que realizan demandas y sus objetos cuando a) al menos un gobierno es un demandante, un objeto de demandas o una parte de las demandas y b) las demandas, si son satisfechas, afectan los intereses de al menos uno de los demandantes (Tilly 2000: 137). Sobre el concepto de repertorio de confrontación ver Tilly (1986, 1992).

⁹ En otro trabajo he intentado argumentar que hasta 1999 los cortes de ruta son un tipo de confrontación transgresora. De acuerdo con Tilly esta es una de las variedades de las confrontaciones políticas. Estamos frente a una confrontación transgresora (*transgressive contention*) cuando al menos una de las partes del conflicto se autoidentifica como un nuevo actor político, y/o cuando al menos una de las partes emplea medios de acción colectiva innovadores (Tilly 2000: 138). Los cortes de ruta pasan a ser confrontaciones conocidas (*con-*

torio de confrontación política utilizado por los sectores populares¹⁰.

En términos generales, los protagonistas de los cortes de ruta son «piqueteros»: este es el nombre con el que más comúnmente los denominan sus antagonistas y los medios de comunicación, y con el que, a veces, se identifican los propios actores¹¹. Sin embargo, en tanto práctica espacial, el corte de ruta no es una práctica exclusiva del movimiento «piquetero». El corte de ruta es un formato de acción colectiva modular: una forma de acción colectiva utilizada por una variedad de agentes sociales contra una gama de objetivos, ya sea por sí misma o en combinación con otras formas (Tarrow 1997: 69). En los cortes de ruta de Cutral-Có, así como también en los inmediatamente sucesivos de Tartagal, General Mosconi (Salta), Libertador General San Martín (Jujuy), Cruz del Eje (Córdoba) en 1997, no sólo participaron desocupados. También lo hicieron comerciantes, trabajadores estatales, pequeños productores agropecuarios y estudiantes. Ahora bien, la utilización predominante y sistemática de este formato por parte de las distintas organizaciones de desocupados que lo conforman ha contribuido a identificar fuertemente al movimiento con el formato de confrontación política. En efecto, como se muestra en el cuadro n° 3 (VER APÉNDICE), el corte de ruta es uno de los formatos predominantes de las confrontaciones políticas de las organizaciones de desocupados con el Estado.

B. LA RUTA COMO ESPACIO DE CONFRONTACIÓN

Las calles y rutas son caminos públicos dispuestos para el tránsito de vehículos. Suelen

funcionar como vías de comunicación entre dos lugares. Sin embargo, en la última década la ruta se convirtió en un espacio privilegiado de las confrontaciones políticas de los sectores populares con el Estado. Los cortes de ruta en la actualidad son una práctica espacial compartida por movimientos y grupos sociales diferentes para hacer diversas clases de reclamos en varios países de América Latina (Auyero 2004)¹². La ruta, cuando es cortada, se constituye en un espacio de confrontación política.

En una serie de entrevistas a militantes de una organización de desocupados del Gran Buenos Aires que realicé entre septiembre y octubre de 2002 recogí los dos testimonios que siguen:

«Creo que esos caminos que fueron abriendo los compañeros del interior nos fueron marcando muy a fuego a nosotros, y nos permitió ver también la posibilidad de una herramienta de lucha. Por dos motivos, primero, porque sabíamos que la desocupación no tenía resolución en el marco de este sistema. Y la herramienta servía porque ya no se podía tomar una fábrica, porque estaban vacías. Entonces teníamos la calle, la calle tenía que ser nuestra y la cuestión era cortarle donde más le dolía al sistema. Y al sistema le dolía la circulación de mercadería. Por eso la forma de piquete y la cuestión del corte de ruta, más que molestar al tipo que va a laburar».

«Cuando arrancamos en el 95, no había nada... Era tierra arrasada por el menemismo... las organizaciones políticas estaban prácticamente disueltas. En el medio de eso, muchos de nosotros fuimos quedando desocupados, y veíamos que la desocupación no iba a tener una solución con este sistema. Pensábamos que la mejor forma era, si el trabajador ya no estaba en la fábrica, vamos a buscarlo nosotros mismos en donde lo encontremos, que es el barrio. Ahí empezamos los primeros laburos sociales, desde el barrio, y para el

tained contention) a partir de aquel año, y fundamentalmente a partir de 2001, cuando se celebra la 1° Asamblea Nacional de Organizaciones Territoriales y Desocupados (La Matanza, Pcia. Bs.As., 24 julio 2001). Por entonces, el medio para plantear reivindicaciones (el corte de ruta) se había extendido a todo el territorio nacional y el «movimiento piquetero» ya era, por entonces, un actor establecido de las confrontaciones políticas (Armesto 2003). Una comparación interesante, desde otra perspectiva, entre los cortes de 1997 en el interior y los organizados en La Matanza en 2001 puede encontrarse en Carrera (2002). Un análisis completo sobre el proceso que va desde los esfuerzos de cooperación y los intentos de construir un movimiento de desocupados unificado hasta los conflictos entre las distintas vertientes del movimiento desde diciembre de 2001 se puede encontrar en Svampa y Pereyra (2003: 71-86).

¹⁰ Los cortes de ruta no son la única innovación en el repertorio de la confrontación política popular. Un estudio exhaustivo debería incluir los «estallidos sociales» o «puebladas» (ataques a edificios públicos, casas de gobierno, tribunales, legislaturas, residencias privadas de políticos y funcionarios como el de Santiago del Estero de 1993 o Salta de 2000), los acampes en plazas públicas (Corrientes 1999, Ciudad de Buenos Aires 2002), cortes de puentes (Neuquén 1997, Corrientes 1999), y los «escraches». Para algunos autores los cortes de ruta no deben ser considerados un nuevo formato de acción colectiva (Giarraca 2001; Barbeta y Lapegna 2001).

¹¹ Sobre el origen de la palabra «piquetero», ver Sánchez Pilar (1997). En los cortes de ruta de Cutral-Có y Plaza Huincul en 1997 un grupo se autodenominó como «fogoneros». Sobre las diferencias entre «piqueteros» y «fogoneros» en Neuquén, ver Svampa y Pereyra (2003).

¹² Sobre todo el movimiento indígena tanto en Ecuador como en Bolivia. Ver Barrera (2002).

barrio. Fue así que empezaron a surgir los primeros organismos sociales, de reagrupamientos, y lo que se produce es un quiebre muy fuerte, por lo menos en el campo popular, por lo de Río Negro, *Cutral-Có, que marcó un quiebre en lo que posteriormente fue el movimiento de desocupados. Marcó la herramienta de lucha, el tema del piquetes*»

Las breves crónicas que abren el apartado anterior y estos testimonios sirven como ejemplo para mostrar de qué modo las dimensiones espaciales son importantes en la emergencia y desarrollo de las confrontaciones políticas. La emergencia de los cortes de ruta implicó una innovación en la configuración espacial de las confrontaciones políticas de los sectores populares con el Estado. Lo que ponen de manifiesto no es únicamente la confluencia de las vías indirectas y directas a través de las cuáles cambian los repertorios de la confrontación política popular sino que, además, indican de qué modo las dimensiones espaciales de la confrontación interactúan con tales cambios¹³. Indirectamente, como consecuencia de los efectos a nivel estructural producidos por el proceso de reformas del Estado, la fábrica como espacio de confrontación de los trabajadores y la huelga como formato específico pierden eficacia en tanto y en cuanto *las fábricas están vacías*. Es obvio que las confrontaciones siempre se producen en un espacio humanamente ocupado (Tilly 2000: 138). En este sentido, la desocupación masiva y los procesos de desafiliación ligados a los cambios en el mundo del trabajo (Merklen 2004) redefinieron las limitaciones y oportunidades de utilización de los formatos *clásicos* de los trabajadores ocupados, y a la vez facilitaron la innovación espacial de las confrontaciones. Estos cambios tuvieron efectos a nivel de «las distribuciones espaciales cotidianas, proximidades y

rutinas» (Tilly 2000: 138), y por tanto afectaron significativamente los patrones espaciales de movilización de parte de los trabajadores desocupados: esquemáticamente, el desplazamiento de la fábrica y la huelga, por el barrio y la ruta (Schuster y Pereyra 2001; Svampa y Pereyra 2003).

A su vez, las organizaciones de desocupados que paulatinamente irían conformándose, aún con trayectorias, experiencias y características distintas, experimentaron directamente las ventajas tácticas del corte de ruta como formato de acción colectiva.

«Es así que cuando empiezan a tener resultados los piquetes y los cortes de ruta, el enemigo o el sistema, como para apagar el fuego, te tira los planes. Pero muy rápidamente el pueblo toma eso como una herramienta, de construcción por un lado, y después para volver a salir a la calle»¹⁴.

Desde que el gobierno nacional y algunos gobiernos provinciales crearon distintos planes de empleo para contrarrestar los efectos de la desocupación masiva y los «estallidos sociales», el corte de ruta como práctica espacial fue una estrategia eficaz que les permitió a las organizaciones de desocupados negociar y obtener recursos (dinero) e incentivos (más planes) importantes para movilizar la acción colectiva, sobre todo a partir del año 2000 (VER CUADRO 4 EN EL APÉNDICE)¹⁵.

La efectividad de los cortes de ruta está vinculada, entre otras cosas, con la capacidad de movilización que demuestran las organizaciones. Un criterio básico para evaluar tal capacidad es la cantidad de gente que son capaces de reunir para un evento. En efecto, la presencia simultánea de un conjunto de personas en un lugar determinado o co-presencia, es una carac-

¹³ A pesar de que tienden a ser restrictivos a los cambios, sin embargo, los repertorios evolucionan históricamente. De los trabajos de Tilly se desprende que los repertorios cambian por vías indirectas y directas. Por un lado, los cambios en los repertorios de confrontación dependen *indirectamente* de las transformaciones de grandes estructuras en la medida en que estos afectan los intereses, oportunidades, organizaciones e identidades de la gente común (Auyero 2003). Por otro lado, *directamente*, a través de la propia experiencia de los contendientes, en el curso de los enfrentamientos, manifestantes y autoridades introducen innovaciones en busca de ventajas tácticas sobre sus oponentes. Las innovaciones que perduran son aquellas que se muestran eficaces, aquellas que están asociadas a una ventaja sustancial para uno o más actores sociales (Tilly 1992: 7).

¹⁴ Avellaneda, octubre 2002

¹⁵ Los planes de empleo consisten en la entrega de subsidios monetarios a cambio de una contraprestación laboral en proyectos de interés público. A nivel nacional, se trata del Plan Trabajar, en sus tres versiones entre 1996 y 2001 y el Plan Jefas y Jefes de Hogar, implementado a comienzos de 2002. Distintas provincias, a su vez, implementaron planes de este tipo. Para un análisis sobre las diferentes respuestas ensayadas por los gobiernos entre 1997 y 2003 con respecto a la entrega y gestión de los planes de empleo transitorio ver Delamata (2004: 22-25) y Svampa y Pereyra (2003: 87-100). Un interesante estudio sobre los determinantes de la distribución a nivel provincial de montos de dinero destinado a estos planes se puede encontrar en Lodola (2003).

terística y un elemento crucial de casi todos los formatos de confrontación política. Suele ser además, uno de los escasos y más importantes recursos con los que cuentan los grupos desafiantes del poder del Estado (Sewell 2001: 58). «Sacar» de la calle cientos o miles de manifestantes o «levantar» un corte de ruta fue la principal y única «moneda de cambio» para entablar negociaciones con las autoridades gubernamentales (Barbetta y Lapegna 2001: 245).

«Hace cinco años salimos al corte la primera vez, nos comimos quince días. Me acuerdo que los compañeros, después de esos quince días, me mandaron a negociar con el secretario de Trabajo. Entré a la dependencia oficial y el secretario ni siquiera me dejó sentar, enseguida me enfrentó: «si no me saca la gente de la ruta, no hay negociación». Y yo los saqué del corte, pero para invadirle la secretaría. Fue la primera victoria, logramos 60 planes»¹⁶.

Entre 1996 y 2000, la masividad de los cortes de ruta fue decisiva para darles visibilidad nacional a conflictos locales a través de la cobertura que hicieron los medios de comunicación¹⁷. En ocasiones también fue importante para contrarrestar la intimidación que producía la llegada y/o el avance de las fuerzas represivas. Finalmente, la cantidad de manifestantes ocupando la ruta durante días y días fue central para lograr que las autoridades locales, provinciales o nacionales «bajaran» hasta la ruta. A veces los cortes de ruta se prolongaban ante la negativa de las autoridades a negociar con los manifestantes *in situ*, en el lugar del corte. El 8 de mayo de 1997, en la plaza de Tartagal una asamblea de vecinos decidió cortar la ruta nacional 34. El motivo más general del reclamo era el mismo que había desencadenado los primeros cortes de ruta en el sur: trabajo. Tras los primeros contactos con representantes del gobierno, los manifestantes exigieron la presencia del gobernador: «Tendrá que venir el gobernador; los piqueteros permaneceremos en la ruta». Por su parte, el secretario de gobierno de la provincia de Salta sostenía:

«Hemos hablado con los manifestantes para explicarles que estamos dispuestos a dialogar, pero en la

ciudad de Salta, porque ir hacia el corte de ruta sería avalar una actitud de ilegalidad (...) Ellos exigen nuestra presencia en el lugar, pero nosotros queremos dialogar en un marco civilizado, no sólo para escuchar los planteos, sino también para trabajar sobre ellos»¹⁸.

Los contendientes (desocupados y gobierno) suelen tener claro que los resultados de las negociaciones pueden *depender del lugar* en el que se realizan. Por esa razón, el funcionario pretendía que los dirigentes de la protesta viajaran 350 kilómetros hasta la ciudad de Salta; por esa razón, uno de los líderes de la protesta la rechazaba: «Es preferible perder una batalla en el campo que en el escritorio de un burócrata» (LN 15 de mayo de 1997).

C. LA RUTA COMO OBJETO DE CONFRONTACIÓN

A su vez, en algunas ocasiones más que en otras, la ruta es, además del espacio, el objeto de la confrontación. Cortar la ruta, insistamos con ello, es una práctica espacial que implica interrumpir, total o parcialmente, la libre circulación de bienes y mercancías. En reiteradas oportunidades, un claro oponente de este tipo de práctica, el diario La Nación, reclamó acciones gubernamentales para retomar el control de las rutas. En un editorial publicado el 6 de enero de 1998 puede leerse lo que sigue:

Una decisión del juez de Quilmes Oscar Hergott, ejecutada por la fuerza policial, permitió *poner fin a los cortes intermitentes de la ruta 36, que durante doce días perturbaron o impidieron la circulación de vehículos* por esa importante arteria del sistema vial bonaerense.

Es lamentable y doloroso que el desalojo de los piqueteros haya provocado escenas de violencia, que decenas de personas —incluidos varios policías— hayan resultado heridas y que haya sido necesario disponer detenciones. Pero *el Estado, por medio de sus órganos naturales, hizo lo que debía: expulsó a los insurrectos y restableció el libre tránsito por el camino público afectado.*

¹⁶ Entrevista a Juan Dávalos. Nuestra propuesta N° 533.

¹⁷ Neuquén 1996, 1997; Salta 1997; Jujuy 1999; Corrientes 1999; Salta 2000, entre otros.

¹⁸ *El Tribuno* , 9 de mayo 1997, citado por Barbetta y Lapegna 2001: 246.

Es imprescindible recordar, una vez más, que *quienes cortan rutas* —sea cual fuere el reclamo que invoquen para justificar esa actitud extrema— cometen una acción inequívocamente delictiva y *atentan contra uno de los derechos elementales de los demás ciudadanos, que es el de transitar libremente por los caminos de la República o el de hacer circular sus mercaderías de un lugar a otro...*

Es necesario que todos los sectores de la población tomen conciencia de que el corte de una ruta significa un alzamiento grave contra la ley y que frente a esa violación del orden legal no cabe otra respuesta que la intervención correctiva de la fuerza pública destinada a remover la obstrucción y restablecer la libertad de circulación¹⁹.

Dos años más tarde, tras los enfrentamientos entre los desocupados de General Mosconi (Salta) y las fuerzas policiales que los desalojaron de la ruta nacional 34, leemos el mismo argumento:

En numerosas oportunidades hemos advertido que *el corte de ruta* como método para plantear reclamos de carácter social *constituye un inaceptable acto de violencia. Negar al uso público una vía de comunicación esencial* y condenar, por ese medio, al estrangulamiento económico las áreas productivas dependientes de esa ruta o camino significa perpetrar un grave delito y vulnerar un derecho básico de los restantes miembros de la comunidad²⁰

El corte de ruta es una práctica espacial que afecta el desarrollo de otras prácticas espaciales ligadas con la producción, la distribución y el comercio. Ocupar la ruta es apropiarse de una parte del territorio que otorga a los desocupados una posición más o menos estratégica en tanto éstas son indispensables para el funcionamiento del comercio, de la producción, de la comunicación (Merklen 2004: 48). Los cortes de ruta ponen de manifiesto que el espacio es, simultáneamente, un objeto y una matriz de poder (Sewell 2001: 68). Un objeto cuya función le otorga sentido a la táctica de su ocupación; una matriz que resulta de las relaciones de fuerza

que se disponen y se ejercen. En este sentido, tanto el gobierno nacional como los gobiernos provinciales organizaron y desplegaron parte del poder estatal al compás del ritmo que marcaba una rutina de confrontación estructurada sobre un espacio estratégico para el desarrollo de procesos económicos²¹. Los enfrentamientos entre desocupados y fuerzas represivas sobre el espacio de confrontación hicieron de la ruta, de su control, el objeto mismo de la lucha. Altos funcionarios gubernamentales muchas veces sostuvieron que no tolerarían los cortes de ruta y que emplearían las fuerzas policiales para desalojar a quienes interrumpieran el tránsito. En junio de 2002, frente al anuncio de cortes de rutas y accesos estratégicos que hicieron algunas agrupaciones de desocupados, la ministra de Trabajo sostuvo que no era justo que «los argentinos que tienen trabajo no puedan acceder a sus puestos por los cortes de calles» y que la única manera de salir de la crisis económica era pudiendo trasladar «riquezas por las rutas» (LN 18 junio 2003). Un par de días más tarde el jefe de Gabinete afirmó que los ciudadanos estaban agobiados por demasiadas injusticias como para que, encima, se le «impida su libertad de desplazamiento» (LN 20 junio 2003).

D. LA PRODUCCIÓN DE LUGARES SIMBÓLICOS COMO RESULTADO DE LA CONFRONTACIÓN

El espacio porta significados que son socialmente construidos y por lo tanto están abiertos al cambio. La definición del significado de ciertos espacios es un objeto para las confrontaciones políticas (Sewell 2001). Las disputas en torno de los significados de la toma de tierras y los asentamientos son un ejemplo de ello: la organización de la toma de tierras y los asentamientos comienza desde el momento en que se reconstituye simbólicamente la realidad con un nuevo discurso sobre las formas posibles de

¹⁹ Editorial, *El corte de rutas, recurso inadmisibile*. La Nación 6 de enero 1998. El énfasis es mío.

²⁰ Editorial, *La violencia solo trae más violencia*. La Nación 14 de mayo 2000. El énfasis es mío.

²¹ En algunos casos, sobre todo hasta 1998, el emplazamiento espacial específico sobre una ruta creaba situaciones confusas en las que las autoridades locales y nacionales se desentendían de sus responsabilidades sobre el control del espacio. Para el gobierno nacional, eran las autoridades locales las que debían resolver los cortes de ruta porque era por cuestiones «locales» que se había originado el conflicto. Para los gobiernos provinciales, eran las autoridades nacionales las que debían desalojar a los manifestantes de la ruta ya que se trataba de rutas nacionales sobre las no tenían jurisdicción.

habitar el espacio urbano (Merklen 1991); lo que Lefebvre (1991) llamó *espacio concebido*²².

En varias ocasiones, el despliegue del poder estatal para retomar el control de las rutas conllevó fuertes enfrentamientos; como resultado de tales enfrentamientos ciertos lugares físicos adquirieron nuevos significados. En efecto, las confrontaciones políticas pueden también modificar el simbolismo y la significación política de ciertas localizaciones y rutinas espaciales a la vez que dotar de sentido a otras nuevas (Tilly 2000; Auyero 2004). Si en términos generales, la irrupción de los cortes de ruta como formato de protesta transformó la significación política de la ruta como lugar de tránsito, los enfrentamientos producidos en algunos episodios dotaron de significados particulares a los lugares específicos en los que se inscribía y escenificaba el conflicto. Este es el caso, entre otros, del Puente Pueyrredón y la estación ferrocarril de Avellaneda desde junio de 2002.

El 22 y 23 de junio, convocados por el Bloque Piquetero Nacional y el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD), se reunieron en Avellaneda más de 1000 delegados de 15 provincias de todo el país en la 2ª Asamblea Nacional de Trabajadores Ocupados y Desocupados. Las organizaciones allí acordaron un amplio plan de lucha que incluía, entre otras acciones, cortes de rutas y accesos a la Capital Federal para el miércoles 26 y un «acampe» en la Plaza de Mayo para el 9 de julio. Como ya lo había advertido en otras oportunidades, el 24 de junio el jefe de Gabinete aseguró que el gobierno utilizaría «todos los mecanismos para hacer cumplir la ley» y evitar que se realicen nuevos cortes de rutas y calles (LN 24 de junio 2002; C 27 de junio 2002). Al día siguiente las organizaciones de desocupados confirmaron la jornada de protesta para el 26 en reclamo de la regularización de planes sociales, entrega de alimentos a comedores escolares y en rechazo de la políti-

ca económica del gobierno (LN 25 de junio 2002).

El 26 de junio de 2002 hubo episodios de acción colectiva en varias provincias argentinas: en Tucumán ocho mil personas marcharon por la ciudad para reclamar planes de empleo y comida; en Mar del Plata, cerca de 200 desocupados cortaron la calle frente al edificio de la Municipalidad; en Córdoba, un grupo organizó un corte de la ruta 5 sobre Alta Gracia. Además, se cortaron simultáneamente varios de los accesos desde el conurbano a la Capital Federal²³. Sin embargo, el episodio de confrontación sobresaliente de aquella jornada ocurrió en Avellaneda. Aquel episodio es recordado hoy como «la masacre de Avellaneda».

Por la mañana 1200 desocupados, integrantes de las organizaciones que componían el Bloque Piquetero Nacional, se concentraron en las inmediaciones del Puente Pueyrredón²⁴. Tanto la columna que había avanzado por la avenida Bartolomé Mitre como la que lo hizo por la avenida Hipólito Yrigoyen se encontraron frente a la subida del puente, separadas por una hilera de efectivos de seguridad (policía, prefectura y gendarmería).

«Nosotros ya habíamos venido a un par de cortes —contó una afiliada de la agrupación Barrios de Pie— pero nunca vimos algo semejante. Esto fue una locura... Nosotros veníamos por avenida Mitre y al llegar a la altura del puente vimos a muchos policías de la [policía] bonaerense que estaban expectantes. Primero dejaron pasar a un grupo de nosotros, pero después empezaron a tirar por la espalda. Ahí fue cuando sentí los golpes de los perdigonazos... Creo que todos empezaron a correr. Retrocedimos por avenida Mitre hasta la plaza Alsina, pero ahí había más policías tirando gases y balas de goma a mansalva» (C 27 de junio 2002).

²² Lefebvre distingue tres «tipo» de espacios socialmente construidos: el espacio *percibido*, que delimita los espacios materiales de la vida diaria donde tienen lugar producción y reproducción social; el espacio concebido, referido a las representaciones, los discursos, signos y significados del espacio; y el espacio vivido, aquel que incluye la coexistencia e interacción de los dos primeros tipos (Martin y Miller 2003: 146).

²³ El acceso norte de la Panamericana y Gral. Paz estuvo cortado durante dos horas y media por 500 desocupados. Cuando «(l)as columnas de la represión y la de los piqueteros quedaron situadas a metros» y se «tornaba inminente la represión», los desocupados retrocedieron «casi 500 metros hasta Avenida del Tejar», donde se volvieron a reagrupar (sitio web del Polo Obrero, «Todos los cortes de una jornada histórica»). Situaciones similares se produjeron en el corte de Rivadavia a la altura de la General Paz, en el Puente La Noria, en el Puente Alsina en la localidad de Pompeya y en el Puente Uruburu.

²⁴ Ese puente comunica la zona sur del Gran Buenos Aires con la Capital Federal.

Los manifestantes se replegaron por donde habían llegado. Los que habían llegado por Hipólito Yrigoyen buscaron refugio en la estación Avellaneda. Hasta allí los persiguió la policía; en el hall de la estación mataron a dos militantes pertenecientes a organizaciones de la Coordinadora Anibal Verón²⁵.

Un mes después 3000 manifestantes pertenecientes a distintas organizaciones del movimiento de desocupados, organizaciones defensoras de derechos humanos y asambleas barriales se concentraron en la avenida Bartolomé Mitre y marcharon hasta el puente Pueyrredón para participar del acto en el que recordarían a Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, muertos durante la represión policial (LN 27 de julio 2002). En el recordatorio de septiembre, al corte del puente durante tres horas se sumó una marcha hasta la comisaría 1° de Avellaneda, lugar en el que se desempeñaban los policías sospechados por las muertes de Santillán y Kosteki; en noviembre, 10.000 desocupados realizaron una manifestación que comenzó en la estación y terminó frente a la casa de gobierno. En enero, el puente fue cortado en sus dos manos durante dos horas por los desocupados del Movimiento de Trabajadores Desocupados Anibal Verón de Lanús y Guernica²⁶ y luego realizaron un acto en la estación de trenes de Avellaneda. Al año del episodio (junio 2003), distintas organizaciones del movimiento de desocupados recordaron el acontecimiento con una misa, un juicio popular, recitales y una marcha hasta la comisaría 1° de Avellaneda. El MTD Anibal Verón la noche del 25 comenzó «una jornada de vigilia» (C 26 de junio 2003). Más tarde, organizaron un «juicio popular contra el imperialismo, el gobierno argentino y las fuerzas represivas» (C 27 de junio de 2003) en el que «más de una decena de personas que participaron de la trágica protesta del 26 de junio de 2002, aportaron su testimonio público para reconstruir lo ocurrido» (LN 27 de junio 2003). En la estación realizaron un home-

naje a Kosteki y Santillán. Sobre la avenida Hipólito Yrigoyen, se había montado un escenario en el que «bailaron los integrantes de la murga «Tocando Fondo» y cantaron juntos León Gieco y Víctor Heredia» (C 27 de junio de 2003). Mientras, tres mujeres del Taller Popular de Serigrafía vendían remeras con la imagen de Kosteki y Santillán y una leyenda que decía: «Se manifiesta. Se denuncia. Homenaje. Nace. Crece. Sigue. No se termina la lucha. La acción. El cambio se construye». En la única actividad conjunta de todas las agrupaciones, participaron unos 20.000 desocupados que cortaron el puente y escucharon la lectura de un documento en el que se responsabilizaba de los asesinatos al gobierno de Eduardo Duhalde. Allí pudieron escucharse los cánticos que rezaban «el puente es nuestro» (LN 27 de junio 2003). Más tarde, los nombres de Kosteki y Santillán quedarían grabados en los paredones que rodean el puente. Otras organizaciones (Bloque Piquetero, MIJD) hicieron su propio acto a las cinco de la tarde.

Desde junio de 2002, el Puente Pueyrredón y la estación Avellaneda se convirtieron en lugares simbólicos significativos de las confrontaciones políticas del movimiento de desocupados. Los lugares en dónde había tenido lugar la masacre se cargaron de significados nuevos para el movimiento de desocupados. Asimismo, fueron el punto ineludible de nuevos recorridos y rutinas espaciales cuyo sentido político estaba marcado por lo sucedido en la confrontación. La confrontación produce una «geografía simbólica» (Tilly 2000: 137) que establece y le otorga sentido a los itinerarios y lugares a través de los cuáles, y en donde, las organizaciones expresan una nueva demanda: castigo a los culpables. Marchas, manifestaciones y cortes *en* el lugar donde había comenzado la masacre (el puente) y desde allí *al* lugar de la masacre (la estación); o desde el puente o la estación *hasta* el lugar de donde se desempeñaban los policías acusados de la masacre (la comisaría 1° de Avellaneda), o

²⁵ El comunicado de prensa difundido por la CTD Anibal Verón dos meses más tarde para informar sobre el saldo que había dejado la represión policial, vale también como descripción espacial de la confrontación: «28 manifestantes heridos por postas de plomo, 2 de ellos heridos *en la base del puente* al instante mismo que comenzó la represión; tres personas declararon haber sido baleadas *en las inmediaciones de Plaza Alsina, a 900 mts. del Puente por Av. Mitre*. Otros dos *en las cercanías de la estación de Gerli*, y el resto *en el trayecto que va desde el puente hasta la estación de Avellaneda*, donde cae Maxi, y finalmente en la misma estación donde Darío es fusilado» (ANRed, 26 agosto 2002). Por los asesinatos de ese día están detenidos el comisario inspector de la Policía bonaerense, Alfredo Fanchiotti, y su chofer, el cabo primero Alejandro Acosta. Anibal Verón fue un trabajador asesinado durante la represión que sufrieron los desocupados de Gral. Mosconi en noviembre de 2000. Por los asesinatos de ese día están detenidos el comisario inspector de la Policía bonaerense, Alfredo Fanchiotti, y su chofer, el cabo primero Alejandro Acosta.

²⁶ De estas localidades eran los militantes asesinados.

hasta otros lugares cargados de una significación política previa (Plaza de Mayo, lugar en donde se localiza la sede del poder ejecutivo). La significación política de los episodios y los espacios es un objeto de disputa del que participan tanto las organizaciones de desocupados como las autoridades y otros oponentes²⁷.

E. LA RELACIÓN RECURSIVA ENTRE LA RUTA Y EL BARRIO

Un dirigente de una organización del movimiento de desocupados «clasificó» la actividad cotidiana de su organización de la siguiente manera:

«Organización, discusión y decisión. Aquí cabe todo lo que hace a los distintos espacios deliberativos del movimiento: asamblea general, asambleas barriales, cuerpo de delegados, mesa de dirección, áreas o frentes.

Lucha: comprende todo lo relacionado con la expresión pública de reclamos, exigencias al gobierno, solidaridad con distintos sectores del pueblo, que el movimiento realiza mediante la acción directa: movilizaciones; cortes de calles, rutas o puentes; acampes; escarches; etc.

Trabajo: comedores, copas de leche, roperos comunitarios, talleres de costura, huertas y granjas, herrerías, panaderías, mantenimiento del espacio público —zanjeo, desmalezamiento, etc.—, autoconstrucción y refacción de viviendas, elaboración de dulces» (Enero 2005)²⁸

Esta clasificación es útil porque, aunque con algunas diferencias, prácticamente todas las organizaciones podrían reconocerla como propia. Pero además es útil porque da cuenta de los diferentes escenarios en los que se localiza la acción colectiva de las organizaciones de desocupados. Los episodios de confrontación —la expresión pública de reclamos y exigencias al gobierno, las luchas en las rutas y las calles— son sólo una parte de la acción colectiva. Otra parte importante está localizada en un conjunto de escenarios y ámbitos específicos diferentes englobados en general con el término «barrio».

Esquemáticamente, en términos espaciales la contraparte de la confrontación *en las rutas* es el trabajo territorial *en los «barrios»*. Si bien fueron los cortes de ruta —masivos y prolongados o cortos y reiterados— los que les dieron visibilidad a las organizaciones de desocupados, cierto es que, independientemente de sus alineamientos político-estratégicos todas ellas reconocen como fuente de su desarrollo el «trabajo territorial» (Svampa y Pereyra 2003: 46). La «ruta» y el «barrio» estructuran, y son estructurados por la «división espacial del trabajo» de las organizaciones de desocupados.

«El tema es que cuando se empiezan a hacer los piquetes en la provincia de Buenos Aires, utilizando la metodología que los compañeros [del interior] ponen en la práctica, enseguida tratan [el gobierno] de tapar agujeros. Entonces el común de la gente se empezó a dar cuenta de que con salir a la calle, y plantarse, los tipos les daban respuestas. Cuando fuimos a La Plata fuimos por 100 y vinimos con 10, pero vinimos con 10, y esos 10 me sirven para seguir construyendo. Entonces, cuando salen los compañeros a las calles a hacer los piquetes, pidiendo mil puestos de trabajo, te venís con 100, el mes que viene vamos a pedir nuevamente mil, y venís con 300. Y así fue como se fue masificando el tema, sobre todo en la provincia de Buenos Aires. La gente se empezó a dar cuenta de que saliendo a la calle, se podía conseguir algo» (Avellaneda, sep. 2002)

El corte de ruta en tanto práctica espacial de confrontación mantiene una relación recursiva con el conjunto de prácticas espaciales rutinarias que transcurren en el «barrio». Es en la calle y a través de las confrontaciones que en general se obtienen los recursos básicos y necesarios para desarrollar otras prácticas espaciales: ir a preparar la comida y/o a buscarla al comedor, acondicionar el local antes y después de servida la comida o la merienda, «zanjear» las cuadras del barrio o desmalezar terrenos baldíos, recolectar y arreglar la ropa que será distribuida en el ropero comunitario, cuidar niños en las guarderías, ir a trabajar a la bloquera y/o salir a vender lo producido en algún proyecto productivo, etc. De esa manera, los triunfos obtenidos en la

²⁷ No sólo entre las organizaciones de desocupados y sus oponentes. Un estudio sobre las conmemoraciones de la masacre de Avellaneda podría mostrar de qué modo la significación política del espacio es un objeto de disputa entre las mismas organizaciones de desocupados. Lamentablemente, no puedo aquí desarrollar este aspecto.

²⁸ Carlos Barral del MTD Anibal Verón.

ruta como espacio de confrontación potencian el desarrollo de la organización en ese otro espacio que es el «barrio» y esta es una de las razones que impulsa a los organizadores a volver a «salir a la ruta».

La centralidad de la ruta (como espacio de confrontación) y de lo barrial (como espacio y escenario en el que se localiza buena parte de vida social de los desocupados organizados), está relacionada con escenarios y procesos económicos, políticos y sociales que operan en escalas mayores (Sewell 2001: 56). Las transformaciones en el mundo del trabajo y las reformas introducidas en el dominio del Estado, están en el origen de los cambios que los sectores populares mantienen con lo político, incluidas esas prácticas y rutinas espaciales de confrontación que llamamos cortes de ruta²⁹. Y simultáneamente, es en el marco de tales transformaciones que el territorio cobra importancia en la medida en que la relación con lo político y las modalidades de acción colectiva «se descentran hacia lo local (o el barrio)» (Merklen 2004: 46).

Si la acción colectiva en la ruta reenvía a la acción colectiva en el barrio —y viceversa— es porque las organizaciones de desocupados lograron entablar un tipo de negociación con el Estado: «arrancar» subsidios al gobierno nacional a través de la lucha y desplazar a las autoridades locales en el manejo de los recursos públicos destinados a los planes sociales.

«En principio los planes trabajar estaban destinados exclusivamente a tareas municipales: zanjeo, construcción de veredas, cuando no para arreglar unidades básicas del Partido Justicialista. A través de la lucha logramos la autogestión, para definir nosotros las tareas a realizar, proyectos propios, que no dependieran del municipio, o del puntero de la zona. Evitamos así la intermediación de los Municipios y quedó el control directo de los planes de empleo en manos de los trabajadores desocupados. Nuestra idea es que los emprendimientos deben beneficiar a todo el barrio y no solamente al que pudo acceder a un plan. Queríamos destinarlos a un micro-emprende-

miento, una panadería solidaria en el barrio, un taller de herrería, un taller de capacitación en oficios (electricidad, albañilería, biblioteca popular, etc)»³⁰

Esta «división espacial del trabajo» de las organizaciones de desocupados desafió —con éxito variable— el tipo de construcción política del territorio realizada por el peronismo en la provincia de Buenos Aires en la década de 1990. En efecto, si dicha construcción se basaba en un conjunto de prácticas asistencialistas y relaciones personalizadas de intercambio más que en un proceso de agregación de demandas y acción colectiva, las prácticas espacialmente estructuradas y estructurantes de las organizaciones de desocupados, contribuyeron a la constitución de «contra-espacios» para la práctica social (Delamata 2004)³¹. Esto es: espacios de resistencia material y simbólica al orden dominante, contruidos a través del ejercicio de nuevas prácticas con relación al territorio cotidiano (Lefebvre 1991; Soja 1996). La transformación de los propios espacios territoriales de residencia ha sido, por tanto, uno de los principales efectos producidos por la obtención de los planes de empleo ganados en las confrontaciones políticas sobre la ruta, y gestionados de forma autónoma a través del trabajo territorial en los «barrios».

PERSPECTIVAS ESPACIALES EN EL ANÁLISIS DEL MOVIMIENTO DE DESOCUPADOS

En este trabajo me he concentrado en la relación entre espacio y cortes de ruta. La emergencia de los cortes de ruta desde principios de la década del 90 implicó una innovación en la estructuración espacial de las confrontaciones políticas de los sectores populares con el Estado. Comenzaron siendo un tipo de confrontación transgresora, eficaz en la dramatización de las demandas de localidades del interior del país y con el paso del tiempo se convirtieron en uno de

²⁹ Hasta los años 80 casi el 75% de la población activa estaba implicada en relaciones salariales. Tras la implementación de las políticas neoliberales de la década del 90, las relaciones salariales cayeron a poco más de un tercio de la población activa (Merklen 2004: 48). El proceso de reformas del Estado puede ser caracterizado, *grosso modo*, a partir de su renuncia a ejercer un rol central en la producción, participación y control de la esfera económica y en los mecanismos de protección social.

³⁰ Revista El perseguidor N° 5, editada por la Agrupación Unidad para la Lucha Estudiantil (AULE), La Plata, enero-febrero de 2002.

³¹ La estrategia «clientelista» está estrechamente vinculada con las transformaciones del peronismo. Brevemente: los vínculos entre el peronismo y los trabajadores dejaron de estar principalmente mediados por organizaciones sindicales y pasaron estructurarse a través de «redes territoriales y clientelares, nutridas y conectadas mediante el uso de recursos económicos estatales (Delamata 2004: 19).

los formatos predilectos del repertorio de confrontación política del movimiento de desocupados en Argentina.

El proceso de emergencia y difusión de los cortes de ruta parece indicar que los cambios en los repertorios de confrontación política son posibilitados y constreñidos, en parte, por el modo en el que ciertas transformaciones sociales, económicas y políticas afectan las distribuciones y proximidades espaciales, y los escenarios y localizaciones de rutinas cotidianas de grupos e individuos. En este sentido, he argumentado que, entre otras, las transformaciones en el mundo del trabajo contribuyeron a redefinir las limitaciones y oportunidades de utilización de los formatos *clásicos* de los trabajadores, y afectaron significativamente los patrones espaciales de movilización de los desocupados: esquemáticamente, el desplazamiento de la fábrica y la huelga, por el barrio y la ruta.

Por otra parte, el espacio es un objeto histórico, construido socialmente. Es a la vez el contexto para las confrontaciones políticas y su resultado. Las confrontaciones políticas contribuyen a redefinir los usos, significados y construcciones del espacio. Aquí he argumentado

que las rutas se convirtieron en un espacio y un objeto de confrontación. Primero, porque los cortes totales o parciales alteran el desenvolvimiento de rutinas espaciales tan básicas para el desarrollo de la actividad económica como la circulación y distribución de mercancías. A partir de los cortes de ruta se modificó el simbolismo y la significación política de las rutas: la ruta dejó de ser simplemente un «camino público» y se convirtió en un espacio físico de expresión de relaciones de fuerza entre los desocupados y el Estado. Segundo, porque a partir de la relación recursiva que las organizaciones de desocupados establecieron entre la ruta y el barrio, el movimiento de desocupados disputó y transformó la construcción política de espacios territoriales.

El estudio de sus dimensiones espaciales contribuye a una mejor comprensión de los cortes de ruta y el trabajo territorial de las organizaciones del movimiento de desocupados en Argentina. Las perspectivas espaciales, en definitiva, parecen ser una prometedora herramienta para enriquecer el análisis de las confrontaciones políticas y las dinámicas y mecanismos que las hacen posible.

APÉNDICE

Cuadro 1
Distribución de formatos de confrontación política según período

FORMATO	PERÍODO	
	1996-1999	2000-2003
Marcha/Movilización	45	40
Paro/Huelga	10	12
Toma / Ocupación	5	3
Corte de ruta	12	23
Concentración	10	4
Otros formatos*	18	18

*Incluye todos los formatos con menos del 5% de los casos.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del proyecto UBACyT S064, *La protesta social en Argentina 1989-2003*, dirigido por Federico Schuster (Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Los datos corresponden al relevamiento de protestas sociales cubiertas por periódicos nacionales.

Cuadro 2
Distribución de los cortes de ruta según lugar y período

FORMATO	PERÍODO	
	1996-1999	2000-2003
Buenos Aires	39	49
Interior	59	47
Buenos Aires + Interior	2	4

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del proyecto UBACyT S064

Cuadro 3
Distribución de formatos de confrontación política utilizados por organizaciones «piqueteras» según período

FORMATO	PERÍODO	
	1996-1999	2000-2003
Marcha/Movilización	24	32
Paro/Huelga	2	1
Toma/Ocupación	6	2
Corte de ruta	61	56
Concentración	2	4
Otros formatos*	5	6

*Incluye todos los formatos con menos del 5% de los casos.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del proyecto UBACyT S064

Cuadro 4
Tipo de demandas de las organizaciones «piqueteras» según período

FORMATO	PERÍODO	
	1996-1999	2000-2003
Trabajo	48	16
Asistencia social directa	24	49
Régimen y gobierno	20	15
Política económica	11	14
Otras demandas*	25	32

*Incluye todos los formatos con menos del 5% de los casos.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del proyecto UBACyT S064

BIBLIOGRAFÍA

- AUYERO, Javier (2002): «La geografía de la protesta» en *Trabajo y Sociedad*, N° 15, vol. III.
- (2002b): «Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática», Buenos Aires, CCRR - UBA.
- (2003): «Repertorios insurgentes en Argentina contemporánea» en *Iconos*, 15: 44-61.
- (2004): «Spaces and places as sites and objects of politics» en Goodin y Tilly (editores) *Oxford Handbook of Contextual Political Studies* (en prensa).
- ARMESTO, Melchor (2003): «Blocking the road» ponencia presentada en la 6th ESA Conference, Murcia.
- BARBETA, Pablo y LAPEGNA, Pablo (2001): «Cuando la protesta toma forma: los cortes de ruta en el norte salteño» en Giarraca (comp.) *La protesta social en Argentina*, Buenos Aires, Alianza
- BARRERA, Augusto (2002): «El movimiento indígena ecuatoriano: entre los actores sociales y el sistema político.» *Nueva Sociedad* 182: 90-105.
- BATTISTINI, Osvaldo R. (compilador) (2004): *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo.
- CARRERA, Nicolás Iñigo (2002): «De la revuelta del hambre a la insurrección espontánea» en *Revista América Libre*, N° 19 [acceso en internet vía www.nodo50.org].
- DELAMATA, Gabriela (2004): *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba/Libros del Rojas.
- DELAMATA, Gabriela y ARMESTO, Melchor (próxima aparición): «Identidad y territorio. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales: El Polo Obrero y la Federación de Tierra y Vivienda».
- DELFINI, Marcelo y PICCHETTI, Valentina (2004): «De la fábrica al barrio y del barrio a las calles. Desempleo y construcción de identidades en los sectores populares desocupados del conurbano bonaerense» en Battistini (comp.) *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores*, Buenos Aires, Prometeo
- FARINETTI, Mariana (1999): «¿Qué queda del 'movimiento obrero'? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina» en *Trabajo y Sociedad* N° 1, julio-septiembre, Santiago del Estero, Argentina.
- KLACHKO, Paula (1999): «El primer corte de ruta» DT n° 20 en PIMSA Documentos y Comunicaciones, Buenos Aires.
- KLANDERMANS, Bert (1988): «The formation and mobilization of consensus» en Klandermans, Kriesi y Tarrow (editores) *From structure to action: comparing social movement research across cultures*, JAI Press Inc., Londres. pp. 173-196.
- LEFEBVRE, Henri (1991): *The production of space*, Cambridge, MA: Blackwell
- LODOLA (2003): «Popular Mobilization and Geographic Distributive Paths: The Case of Argentine Plan Trabajar», ponencia enviada al 5° encuentro annual de LACEA, Cartagena de Indias, Colombia.
- MARTIN, Deborah G. y MILLER, Byron (2003): «Space and contentious politics» en *Mobilization* N° 8 (2): 143-156.
- MASSEY, Doreen (1994): *Space, place and gender*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- McADAM, Doug (1995): «“Initiator” and “spin-off” movements: diffusion processes in protest cycles» en M. Traugott, *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Durham, NC, Duke Univ. Press, pp. 217-239.
- McADAM, Doug, TARROW y TILLY (2001): *Dinamics of contention*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MELUCCI, Alberto (1985): «The symbolic challenge of contemporary movements» en *Social Research* vol 52, n 4, pp 789-816.
- (1994): «Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales», en *Zona Abierta* 69: 153-180.
- (1996): *Challenging codes. Collective action in the information edge*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MERKLEN, Denis (1991): *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*, Buenos Aires, Catálogos.
- (1997): «Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio: entre las condiciones y las prácticas», en *Sociedad* N° 11, Buenos Aires.
- (2004): «Sobre la base territorial, la movilización popular y sobre sus huellas en la acción» en *Laboratorio* [publicación electrónica], Año 6, N° 16: 46-53.
- SÁNCHEZ, Pilar (1997): *El cutralcazo. La pueblada de Cutral Cò y Plaza Huincul*, Buenos Aires, Agora.
- SCHNEIDER, Cathy L. (2000): «Violence, Identity and Spaces of Contention in Chile, Argentina and Colombia» en *Social Research*, 22 de septiembre [acceso en internet vía www.findarticles.com].
- SCHUSTER, Federico y PEREYRA, Sebastián (2001): «La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política» en Giarraca *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Buenos Aires, Alianza.

- SEWELL, William H. Jr. (2001): «Space in contentious» en Aminzade, Goldstone, McAdam, Perry, Sewell, Tarrow y Tilly (editores): *Silence and voice in the study of contentious politics*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 51-89.
- SOJA, Edward W. (1996): *Thirspace: journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*, Malden, MA y Oxford, Blackwell Publishers.
- STILLERMAN (2003): «Space, Strategies, and Alliances in Mobilization. The 1960 Metalworkers' and Coalminers' Strikes in Chile» en *Mobilization* N° 8 (1).
- SVAMPA, Maristella y PEREYRA, Sebastián (2003): *Entre el barrio y la ruta. La experiencia de las organizaciones piqueteros*, Buenos Aires, Biblos.
- TARROW, Sidney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial.
- TILLY, Charles (1986): *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, USA.
- (1992): «How to Detect, Describe, and Explain Repertoires of Contention», Working Papers, 150, New School for Social Research.
- (2000): «Spaces of contention» en *Mobilization* n 5 (2): 135-159.
- WOLFORD, Wendy (2003): «Families, fields, and fighting for land: the spatial dynamics of contention in rural Brazil» en *Mobilization* N° 8(2): 157-172.
- ZHAO, Dingxin (1998): «Ecologies of social movements: student mobilization during the 1989 prodemocracy movement in Beijing» en *American Journal of Sociology* 103: 1943-1529.